

CAPITULO 7

LAS DINÁMICAS DE RESISTENCIA Y EMPODERAMIENTO

Una vez analizado el funcionamiento general de las dinámicas instrumentales, comunicativas y compensatorias podemos hacernos una idea cómo funcionan las dinámicas de resistencia en torno a las cuales se establece el conflicto político en el cual se puede desenvolver o no la acción no violenta. Así, antes de empezar a analizar las dinámicas que influyen en el devenir exitoso o fallido de la acción no violenta hay que preguntarse por el origen mismo de la propia movilización política, y cuáles son las dinámicas que influyen para que se produzca el rechazo a la violencia en la misma. Estas dinámicas de resistencia serán las que nos informen de por qué en unos conflictos existe acción no violenta y en otros no, por lo que debemos recuperar las teorías que se sitúan en los procesos previos al propio establecimiento del desafío no violento. Esto será de vital importancia para entender por qué hay movimientos que a pesar de sus esfuerzos y experiencia no logran convertirse si quiera en actores capaces de lanzar un desafío y cuáles son las herramientas de las que estos necesitan dotarse para lograrlo.

Este es un tema que desde la literatura de las estrategias de la acción no violenta se ha pasado de largo, ya que parten del supuesto de que el movimiento ya se ha movilizado, a pesar de la importancia que tiene para los movimientos incipientes que pretenden averiguar cómo empoderarse para poder llegar siquiera a movilizarse. Ha sido no obstante desde los estudios de los movimientos sociales donde se han analizado las particularidades

especiales de estas fases previas de la acción noviolenta, aunque sin tener en cuenta las especificidades propias que una forma de movilización sin violencia requiere. Para su recapitulación vamos a utilizar como base la síntesis propuesta por Kurt Shock, que resume los estudios que se han hecho sobre estos procesos que posibilitan a la acción política en una serie de pasos previos a la acción política, ya sea noviolenta o violenta (Ver figura 7-1) (Schock, 2008: 62-66). Tras recapitularlas deberemos elaborar una teoría que sea coherente tanto con estas aportaciones como con la epistemología tridimensional del poder que hemos elaborado en capítulos precedentes.

De esta manera, para hablar de las dinámicas de resistencia a la dominación habría que empezar recuperando la distinción entre situación potencialmente conflictiva, problema político y conflicto político propiamente dicho que efectuara Charles Tilly para facilitar el análisis de los movimientos políticos, que son los colectivos encargados de llevar a cabo esa resistencia una vez definen el conflicto al que se enfrentan (Tilly, 1998). Así se puede entender que para este autor la situación potencialmente conflictiva es la combinación de factores que puede provocar potencialmente un problema o un conflicto, pero en la que no existe acción colectiva por parte de los actores, ni una definición de interés o identidad colectiva. El problema político es por el contrario la situación en la que, aunque sí que existe una definición de interés o identidad colectivo/a, no existe una acción colectiva que inicie el conflicto. Así pues, el punto clave para entender cuándo se pasa de una situación potencialmente conflictiva a un problema político es la definición de un interés o identidad colectiva, o lo que es lo mismo, el paso de una forma de pensarse individual (yo, mi) a una forma de pensarse colectiva (nosotros, nuestro/a). Además, según Tilly, para que exista conflicto político es necesario que exista una acción colectiva que a su vez no puede existir sin una definición de identidad colectiva previa (Tilly, 1998).

7.1 Los procesos de reconocimiento y rechazo del problema político

Así pues, los estudios de los movimientos sociales han

mostrado cómo los dos primeros procesos previos a la acción política serán el de reconocer la existencia de una situación política conflictiva o injusticia, o lo que es lo mismo, de un problema, y rechazarlo, es decir, considerarlo un agravio (Schock, 2008, pág. 62), lo que la teoría de marcos ha denominado liberación cognitiva. En la terminología de Tilly esto equivaldría al paso de una situación potencialmente conflictiva a un conflicto político, lo cual es por tanto un proceso relacionado con la formación de la identidad colectiva que define el interés puesto en cuestión por esa situación. Si no se produce este proceso de identidad que lleva al reconocimiento y rechazo del problema, simplemente se contempla la situación como el estado normal (o natural) de las cosas, el orden legítimo no es cuestionado y ni siquiera se plantea la posibilidad de conflicto o disenso, aunque la situación potencialmente conflictiva esté ahí igualmente. La clave de la acción política, ya que es un proceso previo a la misma, es por tanto el paso de pensarse individualmente a pensarse colectivamente, para lo cual es necesaria una identidad colectiva de referencia con la que el individuo se identifique y con la que pueda problematizar la situación y visibilizar las dinámicas de poder oculto e invisible que subyacen tras la dominación.

Estos procesos se pueden interpretar desde el punto de vista de la teoría tridimensional del poder como una forma de contrarrestar la lógica de la dominación, entendiendo esta como una situación estructural en la que se distribuye asimétricamente el poder de cada actor. De esta manera, vamos a entender el conflicto político, del cual la acción no violenta es una de las formas que puede tomar parte, como un complejo tridimensional en el que cada actor pone en marcha dinámicas instrumentales y comunicativas que son interpretadas desde una racionalidad compensatoria como formas de dotarse de poder de negociación frente a lo que los otros actores imponen o reclaman. Es decir, desde este punto de vista, todo el proceso de gestión, resolución y transformación del conflicto que se pone en marcha mediante la acción política se ha de contemplar como un proceso de empoderamiento, lo cual influirá decisivamente en la oportunidad o no de ciertas decisiones políticas, estratégicas o tácticas que podrían llevar hacia un debilitamiento del actor, en vez de a su fortalecimiento. La teórica y activista india Srilatha Batilwala define con las siguientes palabras el proceso de

empoderamiento:

El término empoderamiento se refiere a un rango de actividades desde afirmación individual a la resistencia colectiva, protesta y movilización para desafiar relaciones de poder de carácter básico. Para individuos y grupos en los que la clase, la casta, el etnia y el género determina su acceso a recursos y poder, su empoderamiento empieza cuando no ya sólo reconocen las fuerzas sistémicas que los oprimen, sino cuando actúan para cambiar las relaciones de poder existentes. El empoderamiento, por lo tanto, es un proceso, dirigido a cambiar la naturaleza y dirección de fuerzas sistémicas que marginalizan tanto a las mujeres como a otros sectores excluidos en un contexto dado (Battiwala, 1994, citada por Weneklasen y Miller, 2002, pág. 53, traducción del autor)".

Vemos que esta definición por un lado identifica empoderamiento con acción colectiva y pone como requisito previo un proceso de liberación cognitiva similar a los dos procesos recopilados por Shock y que como veremos en los párrafos que siguen, hacen referencia a la dimensión comunicativa de la acción. Es importante resaltar cómo el concepto de empoderamiento hace referencia a procesos tanto individuales como colectivos. El grupo se convierte en el vehículo de participación en la sociedad y el instrumento básico para el empoderamiento individual. Por un lado proporciona a la persona las herramientas necesarias para hacer frente a situaciones específicas de dominación en el ámbito íntimo, contrarrestando dinámicas de poder invisible, disciplinamiento o hegemonía cultural merced a la identificación con un sujeto colectivo. Por otro en el ámbito privado sana las relaciones personales al proporcionarle recursos para interactuar de forma horizontal (no subordinada). Finalmente en el ámbito público permite afrontar como parte de un grupo a las dinámicas de la dominación estructuradas socialmente, y vencer con ello los miedos que generan la represión o las tentaciones de recompensas individuales que el sistema pueda ofrecer a los que colaboren con la dominación.

La aceptación de la dominación en el ámbito íntimo, o, dicho de forma más concreta, la aceptación individual de la situación que

genera el agravio origen del conflicto político, se podría explicar como consecuencia de presiones en las tres esferas de poder.

1) En la primera dimensión racional del poder, la coercitiva, la fuerza y la represión violenta, actuaría directamente contra aquellos que protesten o se movilicen contra el sistema. Golpear, secuestrar (detener, encarcelar), bloquear, inmovilizar o paralizar, serían algunos recursos que se emplean. La dimensión instrumental hace que se obligue a aceptar el orden o situación injusta por temor a una posible violencia de reacción. El aforismo que resume el sometimiento sería algo así: “esto es injusto pero no puedo evitarlo porque me lo impiden por la fuerza”. Para vencer esta coerción a lo largo de la historia muchos colectivos en resistencia han buscado el camino fácil, recurrir a la lucha armada, tratar de ejercer una violencia que contrarreste la violencia del opresor. Todo ello a pesar de todos los problemas que ello conlleva, tanto logísticos derivados del alto coste de la misma (se puede pagar con la propia vida en la mayoría de los casos), como comunicativos (desde una racionalidad normativa se desfigura el mensaje político al presentarse ante el oponente como un antagonista amenazante). Es por ello que muchos movimientos no violentos han llegado a la resistencia civil tras haber fracasado en insurrecciones armadas. La resistencia civil no violenta implica por el contrario una compleja labor organizativa para lograr que multitud de individuos puedan coordinar una estrategia de resistencia pacífica que sea efectiva para bloquear al oponente. Es por ello que Wendy Pearlman ha llegado a la conclusión de la cohesión organizativa es un requerimiento previo a la acción no violenta (Pearlman, 2011). Lo que nos interesa en este momento es que esta cohesión organizativa no se podrá organizar sin poner en marcha dinámicas comunicativas que permitan que una identidad resistente sea adoptada por los miembros del endogrupo. Por lo tanto consideramos que es un error estratégico el tratar de poner en marcha acciones con objetivo instrumental (como cuando se recurre a la lucha armada o a ciertas acciones no violentas no masivas) sin tener o fomentar el colchón social de una masa que apoye la causa.

Además de esta violencia directa, el uso de la violencia por la dominación suele implicar el lanzar además un mensaje en forma

de amenaza de violencia para usarse como forma de poder compensatorio al convertirse en un medio disuasorio hacia el individuo que quebrante el orden establecido por la dominación. La posibilidad de eludir la represión, se convierte por tanto en el premio que se da por mantener conductas subordinadas y la capacidad para reprimir, así como el ejemplo de represión en quienes, en la amenaza constante de que ese castigo puede recaer sobre los que mantenga conductas contrarias al orden establecido. “esto es injusto pero no puedo hacer nada porque soy totalmente incapaz de vencerlos, y me encarcelan o me matan”).

2) En segundo lugar, la dominación se puede aceptar por efecto de la dimensión comunicativa del poder, en la cual ciertos actores dotados de capital simbólico ejercen una hegemonía cultural que define la realidad y normaliza la situación, encuadrándola dentro del orden natural de las cosas (“el mundo es así, es la naturaleza del ser humano y no se puede hacer nada”).

Cuando la dimensión comunicativa de la dominación actúa sin cortapisas, la hegemonía es tan fuerte que se puede llegar incluso a ocultar la existencia misma del agravio a la propia víctima, como les sucedía a los indígenas colombianos que habían llegado a aceptar su sometimiento (es decir, el robo de sus tierras) como una situación normal por efecto del discurso de la inferioridad racial de las etnias no europeas efectuado por la minoría criolla americana (Correa, 2005). Así pues, para contrarrestar la hegemonía que normaliza la situación y disciplina a los individuos en la lógica de la dominación, es necesario un proceso de tipo cognitivo surgido de la experiencia personal (aunque mediada por la participación en un grupo) y su contraste con el paradigma hegemónico, que dicta una realidad incongruente con esta.

Se trataría de la manifestación de una disonancia cognitiva de índole moral derivada de constatación de la falsedad de la verdad descrita en el paradigma hegemónico que contradice los propios valores o experiencias del grupo de referencia (Elias 1939, Foucault 1975, Foucault 1987). Tal y como ha señalado el interaccionismo simbólico, nuestra propia identidad se ha de relativizarse necesariamente en cuanto para poder conformarse

necesita contemplarse a sí misma desde la posición de los otros (Vinthagen, 2015, 116-117), lo cual implica que el colectivo cercano con el cual nos identificamos es nuestro referente y nuestro modelo para interpretar el mundo. Por lo tanto, dado que estos valores y experiencias se perciben e interiorizan dependiendo del colectivo en el que se integra el individuo, la identidad colectiva en la que se insertan las subjetividades y que lleva a los individuos a percibir el mundo desde una perspectiva propia de su grupo, se convierte en el elemento primordial a la hora de interpretar emocionalmente el mundo que nos rodea, incluido su orden social establecido. Esto a su vez se hace a través de paradigma grupal propio que se elabora mediante mecanismos alternativos de distribución de la información, redes sociales que ponen en contacto directo o mediatizan de una manera diferente la información que al ser contrastada con la versión hegemónica produce una disonancia cognitiva que lleva al reconocimiento de un problema (Melucci, 1989, Touraine 1981). Así pues, dotarse de una identidad colectiva cuya definición de la realidad sea capaz de identificar el problema sería el primero de los procesos señalados por Shock en su resumen de los enfoques acerca del proceso previo a la acción noviolenta, el de reconocimiento del problema.

Si reflexionamos expresamente sobre el segundo proceso señalado por Shock como requisito previo a la acción noviolenta, el cual hemos visto que era rechazar esa situación que se ha identificado en el primer proceso de reconocimiento, o lo que es equivalente, considerarla como ilegítima, inaceptable, (Schock, 2008, pág. 63). Desde el punto de vista del poder tridimensional que hemos visto más arriba, este proceso de rechazo se ha de entender por un lado como una continuación de las dinámicas comunicativas puestas en marcha al activarse el reconocimiento cognitivo del problema en cuestión, ya que el rechazo sería un añadido moral al reconocimiento del problema. De hecho, la simple consideración de un hecho como un problema ya sería una forma moral de calificarlo negativamente y por tanto de rechazarlo. Sin embargo vemos que muchas veces, aunque se reconozca el agravio, se puede aceptar y colaborar con la injusticia u opresión que se percibe y no intentar resistirse a la misma. La distinción entre el proceso de reconocimiento y el proceso de rechazo es importante sobre todo

ante la posibilidad de aceptar el problema no porque no se identifique como tal, sino por buscar estrategias individuales para superarlo como forma de adaptarse al mismo, entrando en juego así las dinámicas compensatorias del poder.

3) En cuanto a las dinámicas compensatorias que se ponen en marcha, las teorías de la organización hablan de esas estrategias individuales de colaboración entendiendo esta como un proceso de intercambio desigual en el que cada actor tiene sus recursos y colabora dependiendo de su poder negociador (Crozier y Friedberg, 1977). Se activarían así las dinámicas compensatorias del poder, que premian con privilegios de diversa índole a los individuos que colaboren con el sistema o estructura que crea la situación de dominación. Es decir se negocia el aceptar ciertos agravios al colectivo a cambio de otro tipo de compensaciones individuales, generalmente económicas o sociales (estatus, privilegios etc.) pero que también puede ser simplemente eludir el castigo, como vimos más arriba. El aforismo que resume esta postura es: “esto está mal, pero no es asunto mío, yo tengo que aprovechar esta oportunidad para mejorar económica o socialmente”.

Lógicamente habría que distinguir entre la situación en la que no ha habido la liberación cognitiva posibilitada por el primer proceso, el de reconocimiento, de forma que el poder compensatorio actúa como un refuerzo de la misma creando no ya directamente una compensación por la colaboración, sino un sistema de recompensas a la que sólo pueden acceder los individuos que colaboren con el mantenimiento de la situación. La clave está en que este mecanismo de dominación funciona mejor con individuos pero no tan bien con colectivos cohesionados que por principios de identidad consideran el sistema de recompensas inapropiado por insolidario con su grupo, de ahí la importancia de la cohesión grupal en cualquier movimiento de resistencia. En cambio puede que existan sujetos entre el grupo marginal que colaboren con la dominación aunque sea capaz de percibirla, ya que claramente obtiene de ella ciertos privilegios, reales o ficticios, que le lleven a acomodarse a la misma, e incluso puede aceptar un paradigma que de coherencia a su posición normalizando la situación para evitar la disonancia moral de colaborar con algo con lo que se rechaza.

Hay que tener en cuenta que no nos referimos aquí a las élites, grupos privilegiados social y económicamente, que imponen la dominación, que aunque sean capaces de percibir el problema lo considerarán como algo ajeno, ya que a fin de cuentas el problema no afectaría a su grupo de referencia. Para este colectivo se trata de un problema que atañe al grupo social dominado, ajeno al propio, al que no dudarán de responsabilizar de su propia subordinación en la descripción de la realidad que realizan desde el paradigma hegemónico (“son unos vagos”, probablemente razonarán). Nos referimos a los propios miembros del grupo dominado que, aunque se sepan parte del colectivo agraviado, buscarán estrategias individuales para obtener privilegios de la dominación, aunque estos sean, simplemente, no ser objeto de más violencia.

Lo importante es que nuevamente nos encontramos aquí con la importancia de la creación de identidad y acción colectiva, ya que la parte compensatoria de la dominación se basa por tanto en ofrecer recompensas individuales para aquellos que colaboren con la misma. Dado que la situación de reparto de recursos es asimétrica, no faltarán en el colectivo dominado personas que a título individual eludan las consecuencias de la situación problemática colaborando con ella y eludiendo con ello gran parte de las desventajas de la misma. Estos colaboradores se pueden llegar a ver hasta en situaciones de dominación étnica flagrante en las que el colectivo agraviado ejerce una gran presión sobre sus miembros para evitar su cooptación por el grupo privilegiado, incluso con métodos de extrema violencia como los usados en Sudáfrica en los 80 contra los colaboradores con el régimen del apartheid (linchamientos mediante “necklacing”), o en Palestina con los colaboradores del régimen sionista (ahorcamientos por los grupos armados palestinos) En el caso de la resistencia indígena nasa estos serían indígenas que apoyaban los proyectos políticos de los partidos conservador y liberal, en todas sus distintas fases de las luchas fratricidas que ambos partidos mantuvieron a lo largo del siglo XX.

Así pues, cuando se producen los dos primeros procesos, el de identificación y el de rechazo, todavía estamos en una fase en la

que no existe acción colectiva. Simplemente se habría reconocido el problema y se rechazaría la situación que genera la dominación, así como las recompensas que otorga el sistema a aquellas personas que colaboren, lo cual no es suficiente para impulsar la resistencia puesto que las acciones de resistencia individual tienen su castigo, ya sea con formas de represión dentro y fuera de la ley (dinámicas instrumentales) o con la privación de las recompensas con las que se premia a la sumisión (dinámicas compensatorias).

Así, cuando existe rechazo de la situación sin acción política ni acción apolítica puede producirse también resignación, sumisión y aceptación sin más de la situación. Esta se debería contemplar al igual que los procesos de influyen en el reconocimiento y rechazo de la situación conflictiva como un resultado del proceso de dominación que crea sobre los individuos a los que se pretende subordinar un estado de indefensión aprendida, siguiendo la terminología del psicólogo Martin Seligman. Este fatalismo con respecto a los posibles resultados de un intento de resistencia se produce tanto por la aceptación de discursos de desmovilización omnipresente en el discurso institucional, como por ejemplo culpabilizando de la situación injusta a las propias víctimas, como por experiencias derivadas tanto de prácticas de socialización en el subordinación como por vivencias de fracasos reiterados a la hora de tratar de controlar el entorno (Martín-Baró, 1998). La indefensión, es decir, la actitud de sometimiento, se aprende por efecto de dinámicas instrumentales y comunicativas que no sólo llevan al individuo al sometimiento, sino que marcan caminos, inefectivos, para cuando quieran tratar de resistirse y controlar su destino. Al conformismo con la situación habría que añadir una tendencia a la pasividad, ya que la experiencia indica que cualquier esfuerzo es inútil, y otra tendencia a carecer de pensamiento estratégico, es decir, a pensar en términos temporales limitados al presente sin tener en cuenta memoria histórica de éxitos pasados y planificación para organizar acciones a medio y largo plazo (Martín-Baró, 1998).

En el siguiente apartado vamos a ver cómo desde diferentes perspectivas se ha analizado el conformismo, la pasividad y la indefensión, así como el empoderamiento necesario para superarla. En este momento nos interesa recalcar que para poder empezar un

acto de resistencia debe primero imaginarse ese acto de resistencia, y para poder imaginarse ese acto de resistencia se debe empezar recuperando la memoria histórica, ya que esta nos da la perspectiva estratégica necesaria para trascender esa falta de perspectiva temporal. De ahí la conexión que pretendemos hacer en esta investigación entre modelos históricos para el estudio de la resistencia civil con modelos estratégicos que doten de herramientas a los activistas que quieran poner en marcha acción no violenta.

7.1-2 El empoderamiento necesario para llegar a la acción colectiva

Vemos por tanto que la creación de una identidad colectiva que problematice con la situación social de dominación es fundamental en las tres esferas del poder, que tienen fuerza para actuar sobre individuos pero que pierden efectividad al tratar de someter a un colectivo que plantea cara a la dominación. Lo cual concuerda con la idea de que la identidad común del movimiento es previa a la acción colectiva (Melucci, 1988). Esto se ve claramente para el caso de conflicto étnico, en el que las propias cuestiones de identidad étnica son las que dinamizan el proceso, pero en otros conflictos cuesta más de evidenciar y los movimientos pueden fracasar al no lograr articular una cohesión importante entorno a su proyecto político. Aunque el público simpatice con sus objetivos y estrategias, puede no participar en la acción colectiva o tan siquiera sentirse incluido en el mismo. Cuando se produce esta concienciación en un grupo de personas reducidas, de carácter minoritario, uno de los usos que dan precisamente a la acción no violenta es la de tratar de visibilizar el problema para situarlo en la agenda política tratando de vencer las dinámicas de poder oculto que lo excluyen del debate público. Sin embargo, para poder lanzar una campaña de desafío significativa necesita previamente articular una identidad que pueda cohesionar a un grupo significativo de simpatizantes. Llegamos por tanto a la conclusión por tanto de que el primer proceso que debe darse para la movilización política es la creación de una identidad colectiva que problematice con el paradigma dominante respecto a algún asunto, lo cual sería objeto de estudio de la Teoría de las Identidades Colectivas y la de los Nuevos Movimientos Sociales.

En el caso del movimiento antimilitarista español, esto se evidenció con el éxito del uso del concepto de insumiso para referirse a aquellos objetores que rechazaban también el servicio sustitutorio. Desde nuestro punto de vista sugerimos que esta identidad tuvo éxito porque en el periodo de la transición, y durante los ochenta y noventa, había un gran número de movimientos contraculturales de gran éxito entre la juventud (con especial importancia del rock, que vivía su periodo de eclosión y máxima expansión). Estos exaltaban la rebeldía contra el sistema, cosa que actualmente no ocurre, y posibilitaban un marco cultural para que la propuesta de la insumisión fuera aceptada por su coherencia con los referentes culturales de la juventud. Más recientemente el movimiento 15M y otros afines se articularon en torno a la identidad del “indignado” como respuesta a los problemas políticos que se evidenciaron con la crisis económica posterior a 2008.

En los conflictos étnicos que hemos estudiado en este trabajo se puede evidenciar cómo no es suficiente con tener una identidad étnica propia, sino que esa identidad étnica va sufriendo transformaciones que la pueden llevar a problematizar o no con el paradigma hegemónico. Así pues, los indígenas del Cauca tuvieron que ser convencidos por Manuel Quintín Lame a principios de siglo XX y por el CRIC en los años 60 y 70 de que su desposesión de la tierra era injusta e ilegal, pues la dominación colonial y criolla había legitimado entre los mismos su propio despojo, y tuvieron que crear una ideología de orgullo indígena para poder cohesionar a la comunidad nasa. Esta ideología del orgullo étnico fue también fundamental en la lucha contra el apartheid en Sudáfrica con la aportación de Steve Biko y el Movimiento Conciencia Negra durante los años 70, posibilitando el empoderamiento necesario para que en la década posterior se pusieran en marcha acción no violenta de forma masiva y cohesionada. De la misma manera, en Ceilán, la identidad tamil fue evolucionando hacia posiciones cada vez más antagonistas a medida que se iba evidenciando más la crueldad de las políticas cingalesas hacia las minorías. Lo que en un principio tuvo que hacer el Partido Federal mediante campañas de sensibilización, se evidenció por sí mismo tras el año 58, fecha en la que se pusieron en marcha políticas de discriminación y se

produjeron los primeros episodios masivos de violencia hacia los tamiles.

Lahey hablaba así de la importancia de la sensibilización y la identidad sobre el problema político para poder conseguir un movimiento con posibilidades estratégicas:

La gente tiene a veces carencias en algo más que en términos económicos. En los Estados Unidos, las profesiones de servicios, como trabajo social o enseñanza están cada vez más reconociendo su bajo estatus en el sistema de control social del que forman parte, y su incapacidad para influir sobre él. La gente joven, especialmente estudiantes, saben que la sociedad espera grandes cosas de ellos, incluyendo el riesgo de morir en una guerra. Sin embargo, esas demandas no son correspondidas con la posibilidad para los jóvenes para influir en las instituciones que se benefician de su sacrificio. Cuando se producen tensiones, como cuando la Guerra de Vietnam, los trabajadores por el cambio deben educar ampliamente. La atmósfera para la comunicación es importante para la persuasión. Una situación confusa, donde las viejas imágenes no valen, posibilita la aparición de unas nuevas y más adecuadas imágenes del mundo. La preparación cultural es una fase en la que los agitadores usan estas imágenes para explicar, debatir y preguntar cuestiones. La gente empieza en esta etapa a buscar una identidad común lo suficientemente fuerte como para ayudarles en la lucha. Los individuos ven cómo a frustración y la miseria no son simplemente una cosa propia, sino que es una situación compartida por una generación. Las nuevas identidades de grupo han proporcionado un trasfondo a muchos movimientos. Para los trabajadores, la conciencia de clase debe de existir antes de que los movimientos de masas puedan construirse. La conciencia de género, o feminismo, ha sido indispensable en el movimiento sufragista, y conciencia de raza fue igualmente esencial en los movimientos de negros y chicanos en los Estados Unidos. La mayoría de la gente debe desarrollar un sentido de su destino personal entrelazado con el de la colectividad antes de poder actuar juntos, debe cambiar no

sólo su imagen de sí mismos, sino también la imagen del sistema ((Lakey, 2012 págs. 73-74, primera edición de 1973)

Su visión conecta totalmente con los planteamientos del análisis de marcos y la teoría de las identidades colectivas y pone la atención en la transformación de la visión del problema como algo individual a algo colectivo. De esta manera los marcos de referencia de los movimientos políticos los ponen en marcha organizaciones que tratan de activar identidades ya existentes en la sociedad y dotarlas de un contenido de movilización política, como hicieron por ejemplo los movimientos étnicos como el antiapartheid en Sudáfrica, el Nasa en Colombia etc. aunque, tal y como señala Lakey, también puede llegar a crear esa identidad por completo, como ocurrió en el caso de la insumisión o el caso del movimiento de indignados en el estado español.

Es importante, por tanto, señalar la importancia de la superación del individualismo como un requisito clave para enfrentar los procesos de dominación. Tal y como reza el viejo aforismo “la unión hace la fuerza”, o el slogan de lucha “el pueblo, unido, jamás será vencido”, la forma principal de empoderar a los individuos para hacer frente a la dominación a las que les someten las élites privilegiadas del sistema es un proceso progresivo de asociación y alianzas, por lo que la esencia estratégica de la acción política consistirá principalmente en saber ganarse esas alianzas paulatinamente para no sólo transformar la realidad política o social que genera el conflicto, sino también el propio paradigma hegemónico que lo legitima y hace posible.

En este sentido, la teoría feminista ha propuesto la superación de la idea de poder como competencia, expresada como “poder sobre”, para proponer un poder colaborativo que permita el empoderamiento mediante el tránsito de la acción individual a la acción colectiva. Para ello han propuesto tres alternativas que ofrecen formas de expresar poder que crean relaciones más equitativas entre las personas. Estas son el “poder con”, el “poder hacia” y el “poder interior” y que estarían relacionadas con las esferas de poder que vimos más arriba (Weneklasen y Miller, 2002, pág. 45).

El “poder con” se basa en la búsqueda de intereses comunes y la construcción de fuerza colectiva mediante el apoyo mutuo, la solidaridad y la colaboración, y se activa por tanto en la esfera pública de la persona. El “poder hacia” se refiere al potencial de cada persona para dar forma tanto su vida como al mundo, por lo que se articula en la esfera privada, de forma que la conecta con la esfera pública mediante la colaboración. El “poder interior” que emana de la esfera íntima de la persona es la capacidad para imaginar y tener esperanza, para buscar la dignidad propia y la autorrealización, por lo que implica la habilidad de reconocer la propia diferencia individual con el respeto hacia las otras personas. La identidad parte de este poder interior y el proceso de construcción de una identidad colectiva apoyado en el “poder hacia” y el “poder con” será un aspecto fundamental a la hora de movilizar hacia la acción noviolenta y resumen la esencia de proceso de empoderamiento.

Hay por tanto una parte de empoderamiento que es de carácter individual, y tiene que ver con las habilidades personales para desenvolverse en situaciones sociales imprescindibles para participar en colectivos. Este empoderamiento puede ser no sólo relativo a la formación necesaria para poder acceder al conocimiento de la realidad social circundante, en la que habilidades como la alfabetización se tornan herramientas básicas de primer orden, sino también a la capacitación para realizar un análisis crítico de la realidad, cosa para la que hacen falta además herramientas emocionales para sortear las trampas que impone la hegemonía cultural de la élite dominadora. No basta con tener acceso al aprendizaje o a recursos de información y conocimiento para desde el “poder interior” desarrollar ese “poder hacia” o empoderamiento personal, sino que, como hemos mencionado más arriba, hace falta también una identidad colectiva crítica que fortalezca los procesos íntimos mediante la identidad y solidaridad grupal, de forma que permita canalizar ese conocimiento hacia la acción colectiva.

El viejo aforismo feminista “lo personal es político” resume perfectamente la importancia de este empoderamiento personal a la hora de canalizar la desafección personal en acción colectiva

eficiente dentro de un grupo. Mediante el mismo se llama la atención sobre aspectos personales, pertenecientes a la esfera de poder íntima y privada, señalando que son importantes para el devenir político del grupo ya que ese grupo puede reproducir aspectos de la dominación sobre sujetos frágiles que se ocultan e invisibilizan cuando se prioriza la lucha contra otra dominación que es la que da las señas de identidad al grupo. Además, puede servir para resaltar la importancia de otro viejo lema del movimiento pacifista, la necesidad de cambiarse a sí mismo para cambiar el mundo, ya no sólo por dar coherencia entre los fines que buscamos y los medios que usamos al evitar la dominación de las compañeras o compañeros más frágiles, sino por necesidad de empoderamiento personal en la propia lucha, y que este sea coherente.

Por otro lado hay un empoderamiento grupal a la hora de que el movimiento sea capaz de funcionar como colectivo de forma eficiente, gestionando la toma de decisiones y la participación de la forma más inclusiva posible para poder generar no ya un cambio social perdurable en el tiempo, sino simplemente la pervivencia del colectivo como tal. Finalmente habría un empoderamiento social de toda la comunidad de referencia gracias a la conexión de estos grupos en plataformas de acción amplias que coordinan la acción de forma que sean capaces de transformar la realidad social inmediata.

El paso de lo individual a lo grupal se convierte por tanto en una dinámica de resistencia esencial implícita en la creación de la identidad colectiva pero previa a la acción colectiva. Resulta evidente que puede haber colectivos o redes que rechacen la definición normalizadora que de la realidad hace el paradigma hegemónico, pero que no tengan intenciones de transformar la sociedad mediante la acción colectiva, sino que simplemente busquen formas de resistencia apolíticas (por ejemplo, el movimiento hippie, el movimiento punk y otras tribus urbanas de carácter marcadamente anticapitalistas) o se amolden críticamente a ella con actitudes de confrontación individual que no sean susceptibles de ser reprimidas por el sistema. Sin embargo, en estos casos no cabría hablar de un actor político, sino que se trataría de un sustrato crítico o protomovimiento que posibilitaría el sustrato para una identidad de acción colectiva que podría activarse como

movimiento en el momento en el que esa identidad incluyera aspectos relativos a la forma de movilización. Esta es la explicación de por qué los movimientos antisistémicos en Occidente, como el de insumisión antes citado, pero también el anarquista, el okupa, e incluso el ecologista, han solido tener una preponderancia de estéticas hippy-punk, ya que se han construido sobre este sustrato contracultural para generar una identidad de resistencia. No obstante, esto también explica su escaso éxito al expandirse a otros estratos sociales que no parten de esa común identidad colectiva y su éxito cuando la han trascendido, como el caso de los indignados españoles. Por lo tanto, si existe rechazo de la situación pero no existe acción política, o incluso paralelamente a la acción política puesta en marcha por otros actores, pueden darse formas de acción apolítica, entre las que Schock destaca lo que denomina salida, es decir, la migración¹ (Schock, 2011), y la resistencia cotidiana descrita por James Scott como esos actos individuales de resistencia no política que niegan la dominación (Scott, 1985). Tampoco hay que confundir las formas de resistencia cotidiana individuales con el uso político de las mismas si se coordinan colectivamente para utilizarse como protesta política cuando otras formas de movilización se exponen a gran represión como lo ocurrido en 1940 en Dinamarca, cuando los daneses se lanzaron a la calle a cantar cánticos tradicionales como protesta contra la ocupación alemana (Ackerman & Duvall, 2000, pág. 212).

7.2 La organización de la acción colectiva y la elección de estrategias

Resulta por tanto fundamental en la acción política el siguiente paso señalados por los estudiosos de los movimientos

¹ No hay que confundir esta idea de huida, que se refiere a una migración individual, con la forma de retiro colectivo político (éxodo masivo o *hijrat*) descrito por Sharp como uno de los métodos de la acción noviolenta (Sharp, 1973, pág. 211). La huida es un acto individual, mientras que el éxodo masivo es un acto colectivo planificado con una intención política, de la misma manera que la desobediencia civil no es un mero quebrar de la norma, sino una estrategia planificada.

sociales, una vez superados los procesos de reconocimiento y rechazo del problema político, que sería la organización para realizar acción colectiva, y que sería el matiz fundamental para que según Tilly pudiéramos hablar de conflicto político propiamente dicho. Este proceso lo ha estudiado detenidamente el enfoque del análisis de marcos, que parte del supuesto de la existencia de un movimiento concienciado que trata de movilizar a otros sectores de su grupo de referencia influyendo en el discurso que se realiza desde su paradigma o marco de referencia.

Desde este punto de vista, todo el proceso de organización de la movilización se realiza mediante lo que denomina proceso de alineamiento de marcos, que hace referencia a la capacidad para usar elementos simbólicos del paradigma hegemónico en el marco de referencia del actor no violento de forma que encuentre un equilibrio entre las referencias de la población y las que propone el movimiento en base a sus demandas. Es por tanto un tipo de racionalidad autorreferencial y que informa de las posibilidades de liderazgo del actor social dentro del propio grupo o sociedad de referencia del mismo.

De esta manera se favorecerían las dinámicas comunicativas al facilitar la inteligibilidad del mensaje transmitido si se describen esas demandas apelando a valores y creencias propios de la mayoría de la población. Este proceso se ha analizado en profundidad en cuanto ha sido la clave para entender la formación o fracaso de movimientos sociales. Así, desde la perspectiva del análisis de marcos se han propuesto cuatro procesos relativos al alineamiento (Snow, Rochford Worden & Benford, 1986). Por un lado, los marcos de ligazón harían que se vinculara una organización con sentimientos no movilizados, lo cual redundaría en el aumento de la cohesión social al proporcionar una legitimidad conseguida en base a una identidad colectiva previa. Por otro lado, los marcos de extensión aludirían al proceso de extender la demandas hacia otros asuntos más populares, o mejor, menos exclusivos, con el fin de atraer adherentes. Además los marcos de amplificación activarían valores latentes hacia la acción colectiva y los marcos de transformación posibilitarían un nuevo conjunto de creencias críticas como marco hegemónico. Este conjunto de

diferentes tipos de marco configuraría el llamado proceso de alineación de marcos de referencia y se convertirían al sumarse en el principal medio de enfrentar la ideología hegemónica y por tanto de influir en la opinión pública para transformar el paradigma hegemónico. Schock ha resumido en el siguiente párrafo la forma que tiene el análisis de marcos de abordar este problema:

Aunque los procesos de marco de alineación podrían operar en contextos democráticos o no democráticos, los marcos de ligazón y extensión parecen más apropiados para democracias, donde el disenso es tolerado, y, relativamente, hay un libre flujo de la información. En las democracias el marco de ligazón es facilitado por los flujos de información menos constreñidos como consecuencia de medios masivos, correos directos, teléfonos y correos electrónicos comúnmente usados para expandir marcos. Los de extensión son facilitados por la tolerancia del disenso en las democracias, donde los movimientos sociales podrían, de manera gradual expandir sus marcos para aglutinar a tangenciales grupos de apoyo. En los países no democráticos, los marcos de amplificación y transformación tienen más probabilidad de enmarcar el proceso de alienación, a través del cual la gente se adhiere a la causa del movimiento. Por ejemplo, el marco de amplificación atrae valores y creencias existentes pero latentes que podrían haber sido suprimidos por las autoridades. Sin embargo, como se discute más adelante, la capacidad y propensión de un régimen para reprimir varía en el tiempo, así que podrían surgir oportunidades de valores y creencias amplificados, y consecuentemente, facilitar la acción colectiva. Si las poblaciones en los países no democráticos han sido adoctrinadas con la ideología política del régimen, podría ser necesario un marco de transformación para promover el accionar colectivo. Es central para el marco de transformación redefinir la injusticia como intolerable en lugar de tolerable, y atribuir la injusticias a las políticas o estructura del régimen. Dados lo relativamente altos niveles de injusticia y opresión en los países no democráticos, siempre existe potencial para que la ideología hegemónica sea cuestionada y el Estado pierda legitimidad a través de los marcos de transformación. (Schock,

2008, pág. 83)

Una vez que se organiza colectivamente la acción política existe un nuevo dilema ante la opción de elegir formas de acción política convencionales o por formas no convencionales de la misma. De esta manera el cuarto proceso puesto en marcha antes de realizar acción no violenta es el de rechazar la acción política institucionalizada y preferir por otras vías alternativas de acción política.

Sin embargo, aunque las teorías arriba mencionadas de las identidades colectivas y de análisis de marcos de referencia son las que más han buscado una explicación de por qué la gente se somete o participa de formas de acción apolítica como forma de resistencia y por qué se compromete en movimientos políticos, creemos que su enfoque se enriquece sustancialmente al incorporar la teoría tridimensional del poder para explicar el tipo de acción que optará el movimiento y que será un rasgo esencial de la identidad del mismo. No tenemos que perder la pista de que en la elección de estrategias de un movimiento hay una primera elección anterior a la de entre acción violenta-acción no violenta, como es la que se da entre las vías institucionales y las vías no institucionales o no convencionales. En esta decisión influye de forma determinante la percepción estratégica de si el camino institucional o bien está completamente cerrado o bien no acerca al movimiento a los objetivos planteados, se opta por mecanismos de acción no institucional. Es decir, si bien son importantes los factores irracionales que señala la teoría de las identidades colectivas en los primeros procesos de reconocimiento, rechazo y organización, en este momento también son importantes los aspectos estructurales, cognitivos y racionales de la teoría de la hegemonía y de la teorías de la acción no violenta. Dicho de otro modo, se tiene que percibir (problema cognitivo) que la estructuras políticas convencionales (problema estructural) no dan solución a los problemas que se plantean por parte del grupo (problema emocional), lo que lleva a la necesidad de buscar otro tipo de estrategias para dotarse de poder para influir en las decisiones que le afectan (problema de elección racional y moral).

Así, la incorporación de dinámicas comunicativas como las señaladas desde la teoría de la disciplina de Foucault, de la hegemonía Gramsci o de la violencia cultural de Galtung pueden explicar también a la pasividad o la acción no política, al existir también una normalización del proceso político que lleva al escepticismo ante la acción política por percepción de ineffectividad de la convencional, ninguneo de la noviolenta o deslegitimación de la violenta (es decir, una cultura de la pasividad). Como hemos mencionado más arriba, este discurso hegemónico se vería reforzado por prácticas de socialización y experiencias de ineffectividad de la resistencia que llevan a un estado de indefensión aprendida que induce a la pasividad, el sometimiento y la subordinación.

No obstante, a pesar de ello, existen también ciertas formas culturales de acción no convencional tradicionalmente implantadas en una sociedad determinada. Algunos autores, como Sydney Tarrow, hablan de la existencia de un repertorio cultural de acción política no convencional que trata siempre de encontrar nuevas formas disruptivas que superen la institucionalización de las tácticas largamente establecidas que fueron en su día disruptivas en un contexto dado (Tarrow, 1997). Esto hace que se establezca una dicotomía entre viejo repertorio de acción política, institucionalizado, y el nuevo, disruptivo, propio de la acción noviolenta. En este sentido el marco de alineación de un actor noviolento (o el paradigma que proporciona su identidad colectiva) tiene por tanto que recoger también una descripción del rechazo que se efectúa a los medios institucionales o a los violentos, así como una descripción de las posibles estrategias noviolentas que puedan llevar al triunfo. Además será necesario un análisis de la acción noviolenta que trascienda el mero cambio político y sea útil a los movimientos en cualquier circunstancia sociopolítica, ya sean movimientos políticos o sociales (es decir, busquen o no la toma del poder político) porque la noviolencia es un rasgo estratégico de tal calado que afecta a la identidad misma del movimiento.

En este sentido, Charles Tilly consideraba a las identidades políticas, además de relacionales y colectivas, ligadas a los cambios en las redes oportunidades y estrategias a la vez que

dependientes de la validación de otras partes, de modo que estas restringen y facilitan la acción colectiva de los que comparten una determinada identidad (Tilly, 1998, págs.. 25-42). Esta concepción relacional de las identidades sociales trata de romper con otras concepciones de las identidades basadas en la construcción discursiva, los rasgos personales o la psique individual, de forma que, aunque no niega estos aspectos, se centra en las relaciones entre los actores. Se trata de una concepción en la que los individuos disponemos de varias identidades que se activan en diferentes situaciones sociales en las que participamos. Así mismo las identidades se presentan de forma desconexa en la vida social, de forma que da lugar a identidades asentadas en la vida social rutinaria y las segmentadas que se presentan sobre el espacio público. Esta diferenciación entre identidades coincide a su vez con la diferenciación de Tarrow entre nuevo y viejo repertorio de acción colectiva de manera e identifica a las identidades asentadas con el viejo repertorio y las segmentadas con el nuevo (Tarrow, 1997).

Creemos no obstante que las identidades de movimientos étnicos como el tamil, el indígena colombiano, el palestino o el Movimiento Conciencia Negra en la lucha contra el apartheid, rompen con esta dicotomía al activar identidades asentadas con la fuerza de identidades segmentadas. Sin embargo, para poder movilizar hacia las campañas de acción no violenta que pusieron en marcha, necesitaron de un periodo de transformación de esa identidad al vincularla con la estrategia pertinente en cada caso. Además, observando el caso del Movimiento de los Sin Tierra de Brasil (MST), u otros movimientos campesinos de Latinoamérica o Asia, como Vía Campesina, vemos cómo se activan identidades asentadas que utilizan movilizaciones tanto del viejo como del nuevo repertorio. De hecho, desde la revuelta húngara contra el Imperio Austriaco, que se suele considerar como uno de los primeros casos de acción colectiva no violenta masiva exitoso, se han producido numerosos ejemplos en los que se activan identidades asentadas que se movilizan utilizando el nuevo repertorio no violento (Castañar, 2013). Estas evidencias empíricas nos llevarían por tanto a concluir que la elección del tipo de estrategia no está tan relacionado con el tipo de identidad, asentada o segmentada, y sí con otros factores relativos a la construcción de esa identidad que precisamente la vinculen con estrategias disruptivas de acción, como es la

noviolenta.

No obstante creemos que esta distinción entre identidades asentadas y segmentadas nos es útil para distinguir entre viejas identidades de resistencia heredadas por la cultura de movilización de un determinado entorno y las identidades nuevas que activan diferentes movimientos sociales de nuevo cuño que logran conectar no sólo con intereses y expectativas de amplios grupos de gente, sino también de proporcionarles estrategias de acción eficientes y coherentes con su identidad. Se podría considerar por tanto la necesidad de una identidad colectiva de carácter “moderno” que vincule a esa identidad formas de acción del nuevo repertorio de acción no convencional, pero también esa identidad necesitará de un componente “posmoderno” para que supere a su vez los límites de la acción no convencional institucionalizada socialmente y se opte por formas disruptivas de acción noviolenta. Éstas, al ser necesariamente novedosas en el contexto social que se plantean y al ser la parte esencial de una estrategia tan vinculada con la identidad del movimiento, deberán ensayarse previamente en fases tempranas del movimiento hasta que éste se transforma en un movimiento masivo, y como tal, llegar a optar por otro tipo de tácticas más disruptivas todavía por su mayor efectividad instrumental.

Tendremos por tanto tres tipos de identidades: 1) las “premodernas” o “tradicionales” que no cuestionan las formas institucionalizadas de acción política. 2) Las identidades “modernas”, que optan por vías no convencionales de acción institucionalizadas en la cultura de resistencia de la sociedad del movimiento correlativo a ellas. 3) Las identidades “posmodernas” que implican una ruptura con el repertorio de lucha tradicional proponiendo nuevas formas de acción política más efectivas que tras masificarse su empleo pueden llegar a generar el colapso o disrupción total del sistema. La acción noviolenta no necesita de identidades “posmodernas” para lanzar campañas noviolentas, pero creemos que sí para lanzar campañas noviolentas disruptivas capaces de desafiar efectivamente (independientemente de su éxito final) al oponente o simplemente para renovar el repertorio institucionalizado con nuevas tácticas que se ensayan en ciclos de movilización masivos y se añaden al

repertorio.

Una vez rechazada la forma de acción institucional o convencional, merced a la elaboración de un marco de referencia que activa identidades modernas o posmodernas, llegamos, por fin, al proceso de elección de estrategias violentas o noviolentas, que sería el quinto y último proceso previo a la acción noviolenta. En este sentido la teoría de las identidades no distinguiría entre formas disruptivas de acción violentas y formas disruptivas de acción noviolenta.

En este sentido cabe destacar que las aportaciones de la teoría de la noviolencia han considerado este proceso como una elección o bien racional, atendiendo a la mayor eficacia política de la estrategia noviolenta sobre la lucha armada (especialmente cuando la asimetría de fuerzas es clara) o bien moral (Sharp, 1973, Ackerman y Kruegler, 1994), ante la necesidad de dotarse de una coherencia entre los medios que se usan y la justicia del fin que se persigue (Muller, 1983, Lakey 1973, Gandhi 1995).

Desde el enfoque de la noviolencia pragmática, es decir, del que opta por estrategias noviolenta sin participar de la identidad noviolenta, la elección de la noviolencia se produciría cuando la asimetría de fuerzas es tal que se hace inviable una lucha armada con probabilidades de éxito. La conexión con las identidades de resistencia tradicionales, o con los discursos de los marcos de referencia de la cultura tradicional de resistencia, se establece retirando los términos que generan conflicto con estos, para que la elección de estrategias efectivas (las noviolentas), no se vea alterado por prejuicios culturales derivadas de la teorías de exaltación de la violencia heredadas de los movimientos revolucionarios de los siglos XIX y XX. De esta manera se prefiere evitar el término noviolencia y proponen utilizar conceptos similares como “resistencia civil” o “poder popular” para lograr una conexión con este tipo de identidades tradicionales asentadas en sociedades de todo el mundo que rechazarían el término noviolento en su estrategia de acción pero verían con buenos ojos el término resistencia civil, por definirse de forma asertiva en positivo, aunque el concepto de resistencia también implique semánticamente una

oposición previa.

Desde el enfoque de la no violencia ideológica, ese que tienen los movimientos que se sienten no violentos, la solución ha sido crear nuevas identidades en las que el carácter no violento es una condición intrínseca de la misma pero no su principal rasgo definitorio. El caso de la identidad “insumisa” y de la identidad “indignadas”, serían dos ejemplos de identidad de resistencia cuya esencia es totalmente no violenta y que superan los constreñimientos tácticos que imponen las viejas identidades de resistencia, como la de “comunista” o la de “anarquista”, cuyas dinámicas de acción sin disciplina no violenta se manifiesta en la pervivencia de los “black block” en movilizaciones masivas. Ambas mantienen, al igual que el concepto de “resistencia civil”, una definición de la identidad por oposición haciendo valer que es más fácil unir o cohesionar un movimiento declarando a lo que se oponen que por las múltiples alternativas que se puedan ofrecer a ello. Esta identidad por oposición tiene como consecuencia que para la elaboración de una alternativa viable las distintas facciones tengan que aprender a consensuar sus propuestas, convirtiendo por tanto al proceso de toma de decisiones por consenso como un factor fundamental para la cohesión del movimiento, no sólo en cuanto a alternativas políticas sino también en cuanto a la elección de estrategias.

Esto no es banal en cuanto la cohesión del movimiento será un aspecto no sólo fundamental para garantizar la efectividad del movimiento sino para posibilitar la propia elección de la estrategia no violenta del mismo, ante la necesidad de una participación masiva para la efectividad instrumental de la misma. Dentro del enfoque del proceso político ha habido autores que se han fijado en por qué ciertos movimientos recurren a la violencia llegando a conclusiones que chocan directamente con la idea de una elección racional o moral al vincularlas con la capacidad de organización del movimiento. Peter Waldman, en su análisis de las causas y efectos de los conflictos étnicos armados, sintetizaría en cuatro sus presupuestos:

- 1) “La protesta y la violencia no son consecuencia directa de una insatisfacción momentánea en la población. La

predisposición a utilizar la violencia depende más bien de las capacidades y posibilidades de movilización política que tienen los grupos descontentos. 2) Entre las posibilidades de movilización política de un grupo y su capacidad de organización existe una relación estrecha. Por eso hay que buscar los mecanismos con los cuales el grupo recluta a los individuos y obtiene su lealtad. 3) Decisivos para la capacidad de un grupo y organización de realizar acciones colectivas son los recursos que tiene a su disposición; el concepto de recurso en que se basa es amplio y abarca, además de los militares y financieros, factores ideológicos y motivacionales. 4) Los grupos contestatarios dirigen al sistema político reivindicaciones que tienen por objeto mejorar su posición y adquirir bienes colectivos adicionales. Según los recursos de que dispongan, pueden permitirse ejercer presión de una manera suave e invisible (por ejemplo mediante un grupo de presión) o tienen que recurrir a la violencia, medio espectacular por su potencialidad de destruir el sistema. (Waldman, 1997, pág. 30)

De esta manera Waldman vincula la lucha armada a las situaciones en las que no se ha obtenido éxito por movilización institucional y tampoco por movilización pacífica, llamémosla disruptiva o noviolenta. Lo que viene a decir que las organizaciones contestatarias recurren a la violencia cuando disponen de pocos recursos para lograr efectuar una movilización noviolenta de carácter masiva. Tal y como veremos más adelante, los casos revisados en esta investigación así como otros en los que ha habido conflicto armado simultánea o posteriormente confirman estas conclusiones. Así, el ascenso a la lucha armada del Consejo Nacional Africano en Sudáfrica en los años 60, la creación de del Movimiento Armado Quintín Lame por el movimiento indígena del Cauca colombiano, el surgimiento de los Tigres Tamiiles en Sri Lanka o incluso la presencia de comandos guerrilleros en la Dinamarca ocupada por el III Reich responden al igual que el caso palestino a un fracaso previo de la movilización noviolenta o a un momento de debilidad o imposibilidad de la misma.

Desde este punto de vista, por tanto, la opción por la

violencia o la no violencia no dependerá de razonamientos morales en torno a la legitimidad o no de la acción violenta o consideraciones estratégicas acerca de las posibilidades de éxito de una u otra línea de acción, sino que surgen cuando se le han bloqueado otras posibilidades de resolución del conflicto. Huelga decir, que esto lo convierte en un enfoque en cierta manera incompatible con las teorías de la acción no violenta, que se centran precisamente en esos aspectos morales o estratégicos como fundamento de la acción de un tipo u otro, aunque como veremos más adelante, se pueden encontrar puntos en común. Uno de ellos sería la teoría de la mediación organizacional de la protesta de Wendy Pearlman, que también confiere a la importancia de la capacidad para movilizar como el determinante o no de la opción por la acción no violenta, pero desde una perspectiva más conciliadora con las teorías de la acción no violenta (Pearlman, 2011). Más concretamente, señala cómo la cohesión aumenta la probabilidad del uso acción no violenta porque la cohesión proporciona la capacidad organizativa para llevar a cabo este tipo de movilizaciones (Pearlman, 2011, págs. 1-26).

Se entiende por tanto que cuando existe cohesión y capacidad organizativa para llevar a cabo grandes movilizaciones no existen alicientes para recurrir a la lucha armada ya que la disrupción que posibilita se puede conseguir por medios pacíficos menos costosos, con lo que el tema del uso de la violencia queda restringido a una cuestión de disciplina del movimiento. Pero, por el contrario, cuando no existe esa capacidad organizativa para realizar grandes movilizaciones es cuando entran en juego las consideraciones morales para rechazar la violencia o las estratégicas para optar por la violencia como forma de empoderarse como movimiento.

7.3 El proceso de resistencia visto desde el enfoque tridimensional; los empoderamientos

Una vez que tenemos movilizaciones masivas ya tendríamos un actor no violento dotado de la capacidad organizativa necesaria para realizar un desafío político a gran escala, es por ello por lo que los factores internos al movimiento han de ser considerados como

previos en el tiempo a los factores externos, ya que son un requisito para la propia existencia o supervivencia del movimiento.

Figura 7.1: Los procesos previos a la acción política no violenta

PUNTO DE PARTIDA: Situación potencialmente conflictiva

PROCESO 1 (Cognitivo) **RECONOCIMIENTO** (Microsociología)

Si no se produce: normalización. Se considera la situación como el estado normal de las cosas (Foucault, Bourdieu, Gramsci)

PROCESO 2 (Emocional) **RECHAZO** (Teoría de las identidades colectivas)

Si no se produce: adaptación. Se producen estrategias individuales para adaptarse a la situación (Crozier y Friedberg)

PROCESO 3 (Grupal) **EMPODERAMIENTO** (Teoría de género, teoría de conflictos, psicología de la liberación)

Si no se produce: Conformismo. Se produce indefensión aprendida que lleva al sometimiento y la pasividad (Martín-Baró)

PROCESO 4 (Organizativo) **ACCIÓN COLECTIVA** (Análisis de marcos)

Si no se produce: Desorganización. Se producen formas de resistencia cultural de carácter individual y no político (James Scott),

PROCESO 5 (Estructural) **ACCIÓN NO CONVENCIONAL** (Estructura de Oportunidades Políticas)

Si no se produce: Burocratismo. Se producen formas de acción política convencional (partidos, sindicatos, etc.) (Derecho).

PROCESO 6 (Social) **COHESIÓN** (Teoría de las estructuras de movilización)

Si no se produce: Aislamiento. Se produce o bien ensayo de acción no violenta a pequeña escala o bien lucha armada si no ha habido rechazo a la violencia (Pearlman). Si ese ensayo fortalece entonces genera esa cohesión.

Fuente: Elaboración propia.

En los próximos dos capítulos recopilaremos los factores instrumentales y comunicativos que influyen en el desarrollo de la capacidad organizativa al distinguir entre los factores externos e internos que afectan a los diferentes mecanismos para conseguir el éxito de la acción no violenta. Ahora vamos a resumir los procesos previos a la acción política no violenta que hemos recopilado entre las aportaciones de la academia (ver figura 7.1) y a sintetizarlos

teniendo en cuenta las aportaciones para hacer una síntesis que ponga énfasis en los aspectos asertivos. Para hacer esto vamos a seguir dos criterios, el temporal y el inductivo, es decir, vamos a proponer una clasificación en el tiempo de los diferentes procesos y también vamos a seguir un orden que vaya de lo particular a lo general, es decir, del individuo a la sociedad, pasando por el grupo de afinidad, el movimiento, el entorno y la red de alianzas internacionales.

El enfoque temporal lo hemos extraído de dos de los más importantes modelos estratégicos sobre acción noviolenta, el de George Lakey y el de Bill Moyer (Lakey, 1973, con reediciones en 1987 y 2012, Moyers, 1987, Moyer, McAlister, Finley &, Soifer, 2001). Ambos secuencian en diferentes fases las distintas tareas estratégicas que debe afrontar un movimiento para su éxito. Las señaladas por Moyer las veremos más adelante en el análisis de los factores relativos a cada una de las dinámicas, ahora nos detendremos sólo en las del modelo de Lakey, que es heredero de una larga tradición estratégica desarrollado en Estados Unidos desde los años 30 del siglo XX.

George Lakey, un conocido activista blanco cuáquero del movimiento de derechos civiles norteamericano en los años 60, publicó su clásico *Strategy for a Living Revolution* en el mismo año que Gene Sharp publicara su *The politics of nonviolent action* (Lakey, 1973, Sharp, 1973). Ambos se convertirían en una referencia para cada uno de los dos principales enfoques de la acción noviolenta el ideológico en el caso de Lakey y el pragmático en el caso de Sharp. Lakey distinguía entre cinco fases fundamentales para la revolución viva, que de no superarse implicaría que el movimiento caminara en círculos sin llegar a conseguir el éxito. Estas fases supusieron un refinamiento del modelo propuesto por Gandhi, Shridharani, Boundurant o el propio Luther King.

Gandhi había propuesto tres fases, que eran persuasión, sacrificio y no-cooperación (Cortright, 2008), pero Shridharani, activista que había participado en la Marcha de la Sal y que introdujo la idea estratégica de la noviolencia en los Estados Unidos, había

elevado el número de las mismas a trece, haciendo una secuenciación estratégica bastante más detallada (Shridharani, 1939). Para este autor las fases eran: 1) negociación, 2) agitación 3) manifestaciones 4) autipurificación 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11) acciones de masas 12) instituciones alternativas 13) gobierno paralelo. Shridharani influyó notablemente en organizaciones como CORE (*Committee of Racial Equality*) o *War Resisters League*, que fueron las que fueron ensayando formas de acción no violenta que luego se usarían masivamente por el Movimiento de los Derechos Civiles o el Movimiento contra la Guerra de Vietnam.

No obstante, la adaptación estratégica de Gandhi al contexto de movilizaciones de Estados Unidos con más influencia fue la de Joan Boundurant, una antigua espía americana en la India durante la Segunda Guerra Mundial que impresionada por el movimiento Gandhiano tradujo sus principios a la mentalidad americana. Esta autora matizaría estas fases incluyendo preparación del grupo entre la fase de negociación y agitación, y sustituyendo la de purificación por la de ultimátum (Boundurant, 1958). Para esta autora la lista quedaría de la siguiente manera: 1) Negociación y arbitraje, 2) preparación del grupo, 3) agitación, 4) ultimátum, 5) boicots económicos, 6) No cooperación, 7) Desobediencia civil 8) instituciones alternativa y 9) gobierno paralelo (Boundurant, 1958). Finalmente Martin Luther King simplificaría de nuevo el esquema al eliminar del mismo la parte de instituciones alternativas y gobierno paralelo, ya que su punto de vista era de transformación social y no de revolución política (King, 1963). Las fases para el reverendo eran: 1) reunir información, 2) presentar las demandas (intentar negociar), 3) prepararse para el sacrificio (llamada a la acción) y 4) acción directa de masas para volver al punto dos desde una posición de poder. Es decir, en la concepción de Luther King es fundamental la idea de empoderamiento y todo el proceso de acción no violenta lo que busca precisamente es posibilitar ese empoderamiento, que según vimos en el capítulo anterior, es una forma de interpretar procesos relativos a dinámicas instrumentales y comunicativas.

Lahey recogería estas ideas agrupando las categorías (por ejemplo unifica la fase de instituciones alternativas y gobierno

paralelo en una sola fase final) para realizar un modelo coherente en cinco fases estratégicas (Lakey, 1973, 1987). Estas eran las siguientes: 1) Preparación cultural, 2) Construcción de la capacidad organizativa (*organizational strength*) 3) Propaganda por el hecho (o confrontación) 4) No-cooperación económica y política masiva, 5) Intervención e instituciones paralelas.

Como se puede ver su propuesta bebía directamente de la de Shridharani y Boundurant aunque se desviaba de la consideración de las fases iniciales de negociación presentes tanto en estos como en la propuesta de Gandhi o Martin Luther King. En su lugar Lakey, sin duda influido tanto por Boundurant como por su larga experiencia en movimientos, reflexionaba sobre la necesidad de preparar a la sociedad en la que se va a desarrollar el movimiento.

Antes de cada gran movimiento histórico, hay un periodo de fermentación, un tiempo en el que fuerzas objetivas y el trabajo de visionarios cambia la conciencia de las masas. Este estadio de la revolución por la vida necesita que los agitadores hagan conexiones entre síntomas del malestar y las causas, entre los individuos que no son felices y la comunidad que necesitan, entre las identidades parciales y la identidad total de la humanidad. Emerge un programa revolucionario, no como un cianotipo que deba ser copiado sin cuestionar sino como un principio para ser modificado por la discusión con la gente y por la experiencia (Lakey, 2012,pág. 91).

Queda claro por tanto que la primera fase estratégica es, como no podía ser de otra manera, de preparación del propio movimiento para la acción. No obstante, creemos que la primera fase ha de recoger los procesos previos que hemos resaltado en el apartado anterior: creación del marco de referencia o visión, por utilizar términos menos esotéricos, creación de la identidad colectiva, propuesta de la estrategia, ya que estos posibilitan los procesos de reconocimiento del problema, rechazo del problema, organización para la acción política y elección de estrategias noviolentas.

Falta no obstante tener en cuenta la primigenia relación entre el individuo y el grupo, así como el papel del individuo dentro del grupo cuyo análisis aporta la teoría feminista y la teoría del empoderamiento. La teoría feminista ha hecho hincapié en el papel del grupo a la hora de canalizar los procesos emocionales de los individuos, transformando sentimientos que a nivel individual podrían ser destructivos en experiencias de empoderamiento gracias a los procesos de interacción que se producen en los grupos pequeños. Desde un punto estratégico esto lleva a que la estrategia se debe basar en la propia experiencia compartida mediante los procesos de aprendizajes que generan la habilidad y confianza necesaria para poder desarrollar satisfactoriamente campañas no violentas (Vinthagen, 2015, pág. 50).

Esta idea del proceso político como proceso de empoderamiento colectivo permite conectar entre una fase previa, de carácter individual, y la fase ya propiamente colectiva o grupal. La activista norteamericana Johane Sheehan llamaba la atención precisamente sobre esa conexión entre el empoderamiento personal y la participación en campañas políticas:

Una campaña debe llevar a la gente a través de procesos de empoderamiento. Debe ser un fortalecimiento personal en el que la gente descubra y ejerza su propio poder contra la opresión, la exclusión y la violencia, y por la participación, la paz y los derechos humanos. Los grupos que trabajan en una campaña desarrollan un poder colectivo, aprenden a ser organizadores y se convierten en estrategias políticas en el proceso. Una progresión de las campañas nos puede llevar hacia el fortalecimiento social que lleva a la transformación social que estamos trabajando. (Sheehan, 1999, pág. 31, traducción del autor)

Así pues, siguiendo la división entre las esferas íntima, privada y pública propuesta por la teoría de género, podemos distinguir entre tres ámbitos de empoderamiento, como son el individual, el grupal y el social en los que ha de incidir la acción no violenta para poder tener éxito.

7.3.1 El empoderamiento individual: la preparación cultural

En el empoderamiento individual la persona se dota de recursos individuales, tales como la educación, capacidad de oratoria, capacidad de consensuar, capacidad de trabajo en grupo, autonomía económica, etc. No sólo se trataría de conocimientos o habilidades tales como la lectoescritura o la capacidad de análisis crítico, sino también la inteligencia emocional para saber adaptarse a situaciones grupales. El resultado del mismo es la liberación cognitiva posibilitada por la capacidad de análisis crítico. En este proceso el individuo se adscribe a una identidad colectiva previa en la que se reconoce, o varias, dependiendo de los diferentes roles que ejerce en los diferentes ambientes en los que se desenvuelva. Si entendemos este proceso como parte ya del proceso colectivo se ha de entender como una fase de la movilización destinada a la preparación de los individuos para la movilización, en la que hay que dotarles de las herramientas necesarias para participar en campañas de transformación sociopolítica, no sólo ya habilidades o capacidades, sino también un marco de referencia, una identidad y una estrategia clara del movimiento.

Hay otra corriente de la no violencia que considera que este empoderamiento individual no sólo tiene que ver con la liberación cognitiva del individuo hacia el exterior, sino también con la transformación interna del individuo para ser coherente con la transformación externa que quiere conseguir. Nos podemos remontar a Tolstoi cuando este se quejaba de que “todo el mundo habla de cambiar el mundo pero nadie de cambiarse a sí mismo” (Tolstoi, 1900) o el conocido aforismo de Gandhi “ser el cambio que quieres ver en el mundo”. Sin embargo estos planteamientos, a pesar de dar coherencia al individuo con su visión, pueden llegar a perder la pista de que la principal herramienta de empoderamiento es la acción colectiva, la organización de las resistencias en diferentes ámbitos.

La necesidad de los individuos de dotarse de recursos y habilidades sociales a nivel individual es lo que ha hecho que muchos movimientos de resistencia no violentos hayan empezado primero por procesos de regeneración de la educación, ya que es la

educación, más que proporcionar habilidades sociales para desarrollar campañas políticas, lo que permite la liberación cognitiva, la adscripción a un colectivo de referencia mediante la aceptación de la identidad que este propone. Así por ejemplo, la etapa en la que Abdul Gaffar Khan estuvo fundando escuelas en la actual Pakistán permitió que décadas después hubiera activistas formados que pudieron integrar el cuerpo de los *Khudai Khitmargar*, el ejército no violento musulmán que luchó junto a Gandhi en la liberación del dominio colonial de la India. En el caso del movimiento antiapartheid también se evidencia este proceso de educación. De esta manera durante los años 50 las acciones no violentas promovidas por el Congreso Nacional Africano no tuvieron mucha aceptación entre la comunidad negra, cosa que cambió en la década de los 70 con la creación del movimiento Conciencia Negra, que promovió una renovación de la educación y la creación de un nuevo marco de referencia del movimiento negro. Estos jóvenes educados supusieron las masas que activaron los diferentes movimientos de boicot y no colaboración que coordinarían la UDF y COSATU en los años 80 y que acabarían con el cambio de régimen. De la misma manera el movimiento nasa del Cauca desde los años 60 ha incidido siempre en la formación de los indígenas y ha sabido, aprovechar las características de una cultura tradicionalmente ágrafa, con la construcción de relatos orales, símbolos y dando la importancia social al médico tradicional, así como a otras autoridades ancestrales .

A la manera inversa, el movimiento tamil fue sobrepasado por las necesidades de los jóvenes de castas inferiores cuando estos perdieron el acceso a la educación del Estado, con lo que optaron por la lucha armada como medio para conseguir superar su falta de oportunidades ante la ausencia de alternativas laborales para tameses sin formación. Otro ejemplo, aunque con una perspectiva a largo plazo, sería el énfasis que hace el movimiento antimilitarista en desarrollar herramientas pedagógicas de educación para la paz, y de ponerlas a disposición de los pedagogos y pedagogos profesionales para contribuir así a generar una cultura no violenta.

Así pues, en una primera fase de empoderamiento personal

no hay movimiento colectivo, tan sólo individuos empoderados que tratan de organizarse para empoderar a su vez a los miembros de su grupo de referencia, como hicieron Abdul Gaffar Khan en Pakistán, Manuel Quintín Lame en el Cauca, o Steve Biko en Sudáfrica, pero pronto el empoderamiento individual pasa a convertirse en una tarea colectiva, la de empoderar individuos para que luego esos individuos empoderen a los grupos.

De esta manera es ya en este primer proceso de empoderamiento individual donde se produce el paso de lo individual a lo colectivo y donde se genera la identidad. Es en este proceso en el cual se activa la identidad colectiva, que proporciona un marco de referencia en el cual se producen los procesos de reconocimiento del problema político, de rechazo del problema político, organización colectiva (con lo cual surge ya el conflicto político), de rechazo a la acción institucional y rechazo a la acción violenta. El resultado de este proceso de empoderamiento personal es la creación de una nueva identidad colectiva de resistencia activando identidades previas o transformando el marco de referencia de la misma para crear una nueva. ¿Y cómo se crea una identidad? Vinthagen nos da la respuesta: mediante la acción y la interacción.

La identidad surge de interacciones sociales donde lo que importa es tanto la propia imagen de ti mismo como otras definiciones de quién eres. Expresa la diferencia entre el individuo o grupo, y los otros: nosotros y ellos. Basándonos en una teoría constructivista social de la identidad, podemos hablar de identidades reflexivas que son creadas mediante la acción. La construcción de la identidad es una lucha entre percepciones. La policía caracteriza a los activistas como “criminales”, pero se ven a sí mismas como “responsables de mantener la paz”. Para algunos observadores, los activistas son “mártires sacrificados por un buena causa”, para otros simplemente irritantes “problemáticos” que impiden que la gente haga su trabajo legítimo. La identidad se atribuye a través de designaciones explícitas y percepciones expresadas en la acción. Las identidades, por lo tanto, no son algo dado (permanentemente) o que se asumen, sino que son imágenes

individuales autoconstruidas no permanentes y compartidas que algunas veces se ponen en cuestión en relaciones en conflicto. Los activistas no deciden su significado por sí mismos, en cuanto las identidades son negociadas en interacciones. Entonces, la credibilidad de los activistas disminuye entre sus oponentes si actúan de forma contradictoria, por ejemplo, si abogan por relaciones pacíficas e igualitarias mientras actúan como si fueran moralmente superiores o se prepararan para usar a violencia (*Vinithagen, 2015, págs. 91-92, traducción del autor*)

De esta manera, en esta fase de preparación cultural en la que se prepara a los individuos para la acción colectiva, se necesita de una liberación cognitiva que se consigue mediante el desarrollo de una visión o marco de referencia que lleve implícita una estrategia para la resolución del problema político que se define en esa visión y active una identidad colectiva que sirva de referencia. La forma de hacerlo será mediante acción noviolenta que consiga satisfactoriamente la consecución de objetivos intermedios que mejoren la situación del grupo de referencia y que lo lleven a identificarse con el movimiento puesto en marcha por el actor noviolento.

El objetivo en esta fase será conseguir la cohesión social necesaria para apoyar movilizaciones noviolentas. Como síntesis de todo esto, en nuestro modelo analítico/estratégico deberemos incluir un factor, al que podremos denominar COHESIÓN, que recoja todos estos procesos de preparación cultural y generación de marcos, identidad y estrategia, tan necesarios para la movilización noviolenta.

7. 3.2 Empoderamiento grupal: Capacidad organizativa y capital simbólico

La siguiente fase de empoderamiento será el empoderamiento grupal, tanto en los aspectos relativos a la capacidad instrumental para organizarse como movimiento eficiente como a la capacidad comunicativa para dotarse de credibilidad. A la primera la denominaremos Capacidad Organizativa, y a la segunda Capital Simbólico. En nuestro modelo analítico/estratégico estas van

a ser los factores relativos al actor no violento, o factores internos. En los próximos capítulos realizaremos una recopilación de los factores que influyen en cada una de ellas.

7.3.2 Empoderamiento social: oportunidades y alianzas

Finalmente la última fase sería la transformación del medio social en el que se desarrolla el propio movimiento, las oportunidades que el contexto le brinda para triunfo, o lo que es lo mismo, los factores externos al propio movimiento. Es importante tener en cuenta que en nuestro modelo vamos a interpretar las oportunidades no como algo meramente externo al movimiento sino como algo que el propio movimiento puede ir trabajando para igualmente transformar. Tal y como veremos más adelante, no podemos pretender que el movimiento llegue a un nuevo consenso fundando un nuevo paradigma si no ha trabajado previamente la compatibilidad de los símbolos u otros aspectos sociales y culturales. Distinguiremos entre las oportunidades sociales, las culturales y las políticas, y consideraremos estas últimas como las relativas al oponente y por tanto las últimas a las que puede aspirarse transformar, por ser necesaria la transformación previa del ambiente así como un sistema eficaz de alianzas. Tal y como vamos a ver más adelante, vamos a distinguir entre los factores relativos al entorno de la acción no violenta, en el que se darán las oportunidades sociales y culturales, y los factores relativos al oponente, donde se darán las oportunidades políticas. Igualmente relativo al oponente situaremos el factor HEGEMONÍA para reflejar la capacidad del oponente para imponer su definición de la realidad y la capacidad del actor no violento para lograr un nuevo consenso social en torno a las demandas que efectúa.

Figura 7.2 Resumen de los procesos de empoderamiento

Una vez realizado el empoderamiento individual y la preparación cultural los individuos estarán capacitados para participar en un movimiento sociopolítico.

Una vez realizado el empoderamiento grupal el movimiento noviolento se dotará de credibilidad y de capacidad para organizar acciones siguiendo una línea táctica y estratégica.

Una vez realizado el empoderamiento social el movimiento habrá transformado el entorno y aislado al oponente para lograr un nuevo consenso sobre el cambio social o político que demanda.

Figura 7.3 Los procesos de empoderamiento en el desafío noviolento:

1.- Empoderamiento individual, preparación cultural:

COHESIÓN (superación del individualismo)

UNIDAD (superación del sectarismo)

2.- Empoderamiento grupal o colectivo:

2.1 Empoderamiento comunicativo:

CAPITAL SIMBÓLICO (credibilidad).

2.2 Empoderamiento instrumental:

CAPACIDAD ORGANIZATIVA (efectividad).

3. - Empoderamiento social: oportunidades y alianzas

3.1 OPORTUNIDADES SOCIALES.

3.2 OPORTUNIDADES CULTURALES

3.3 OPORTUNIDADES POLÍTICAS.

3.4 SISTEMA DE ALIANZAS

4.- Compensación del paradigma hegemónico:

4.1 NUEVO CONSENSO.

5.- Transformación sociopolítica: cambios sociales y políticos.

5.1 REVOLUCIÓN

(6.- Conciliación postconflicto. Conservación de los éxitos.)